

cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien, como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y á otra parte, como espantado, dijo:—Dios os lo perdone, amigos, que me habeis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quijote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto.—¿Infierno le llamas? dijo Don Quijote, pues no le llameis así, porque no lo merece, como luego vereis. Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpilladera, dijo Don Quijote de la Mancha:—No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.



CAPÍTULO XXIII.

De las admirables cosas que el estremado Don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

LAS cuatro de la tarde serian, cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar á Don Quijote, para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto, y comenzó en el modo siguiente.

A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la sogá caminar por aquella oscura region abajo, sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Dí voces, pidiéndoos que no descolgádes mas sogá, hasta que yo os lo dijese, pero no debistes de oirme. Fuí recogiendo la sogá que enviábades, y haciendo della una rosca ó rimeró, me senté sobre él pensativo ademas, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase: y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo, me salteó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni como no, desperté dél y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto me tenté la cabeza y los pechos por certificarme, si era yo mesmo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los

discursos concertados que entre mí hacia, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados: del cual abriéndose dos grandes puertas, ví que por ellas salia y hácia mí se venia un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada que por el suelo le arrastraba: ceñiale los hombros y los pechos una beca de colegial de raso verde: cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nueces, y los dieces asimesmo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo, fué abrazarme estrechamente, y luego decirme:—Luengos tiempos ha, valeroso caballero Don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mesmo Montesinos de quien la cueva toma nombre. Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté, si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decian verdad, sino en la daga, porque no fué daga, ni pequeña, sino un puñal buido mas agudo que una lezna.—Debia de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hóces el Sevillano.—No sé, prosiguió Don Quijote; pero no seria dese puñalero, porque Ramon de Hóces fué ayer, y lo de Roncesváles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años, y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad y contesto de la historia.—Así es, respondió el primo: prosiga vuesa merced, señor Don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.—No con menor lo cuento yo, respondió Don Quijote, y así digo, que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo y



toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual ví á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nerviosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon, y antes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo:—Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de stí tiempo: tiénele aquí encantado como me tiene á mí y á otros muchos y muchas Merlin, aqúel frances encantador que dicen que fué hijo del diablo, y lo que yo creo es, que no fué hijo del diablo¹, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto, como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos, y en verdad que debia de pesar dos libras, porque segun los Naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño.—Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando, como si estuviese vivo²? Esto dicho, el misero Durandarte, dando una gran voz, dijo:—

O mi primo Montesinos,
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto,
Y mi ánima arrancada,
Que lleveis mi corazon
Adonde Belerma estaba,
Sacándomele del pecho,
Ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo:—Ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago dia de nuestra pérdida: yo os saqué el corazon lo me-

¹ Ambrosio Merlin fué un ingles, tenido por mago, encantador y profeta entre los crédulos: floreció por los años de 480.

² Esta pregunta la hizo Don Quijote.

jor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho, yo le limpié con un pañizuelo de puntas, yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoo primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían de haberos andado en las entrañas, y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé, saliendo de Roncesváles, eche un poco de sal en vuestro corazón, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo menos amojamado á la presencia de la señora Belerma, la cual con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin ha muchos años, y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasion que debió de tener Merlin dellas las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una orden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimesmo vuestra desgracia, fué convertido en un rio llamado de su mesmo nombre, el cual cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vánle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, ó primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis, imagino que no me dais crédito ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero, de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel Don Quijote de la Mancha digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya

olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas.—Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, ó primo digo, paciencia y barajar¹: y volviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y ví por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimesmo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras: era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazón de carne momia, segun venia seco y amojamado. Díjome Montesínos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traia el corazón entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro dias en la semana hacian aquella procesion y cantaban, ó por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo: y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamiento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza: y no toma ocasion su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mugeres, porque ha muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazón por el que de contino tiene en las

¹ Dicho comun de tahures cuando perdian, y principio de la arenga, con que á los jugadores novatos ó chapetones, consolaban y daban el pésame de sus pérdidas los veteranos, que era esta: *Paciencia y barajar, nadie se aflija, señores, mas va en su salud, que el dinero ello se va y se viene, por eso le hicieron redondo para que rodase, esto es ser tahur, palos no se dan de balde, ¿dónde irá el buey que no are? ¿ó dónde se hallará puesto seguro de contento en todo este amargo mundo? en buena casa estamos, aquí se pasa el tiempo sin decir mal de nadie, solo de aquel descomulgado Villan, que ordinariamente hace tragar hicles.* (Así el licenciado Francisco de Luque Fajardo en su *Fiel Desengaño contra la ociosidad y los juegos*, impreso el año de 1603, fol. 26 y 231, v.)

manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo.—Cepos quedos, dije yo entonces, señor Don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y así no hay para qué comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí. A lo que él me respondió:—Señor Don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal y no dije bien, en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé que barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacion que me dió el gran Montesinos, se quietó mi corazon del sobresalto que recibí en oír que á mi señora la comparaban con Belerma.—Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de como vuesa merced no se subió sobre el vejote y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas.—No, Sancho amigo, respondió Don Quijote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados: yo sé bien, que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. A esta sazón dijo el primo:—Yo no sé, señor Don Quijote, como vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá bajo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.—¿Cuánto ha que bajé? preguntó Don Quijote.—Poco mas de una hora, respondió Sancho.—Eso no puede ser, replicó Don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y á amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra.—Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora, debe de parecer allá tres dias con sus noches.—Así será, respondió Don Quijote.—¿Y ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo.—No me he desayunado de bocado, respondió Don Quijote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento.—¿Y los encantados comen? dijo el primo.—No comen, respondió Don Quijote, ni tienen excrementos mayores, aun-

que es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.—¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho.—No por cierto, respondió Don Quijote, á lo menos en estos tres dias que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco.—Aquí encaja bien el refran, dijo Sancho, de, dime con quien andas decirte he quien eres: ándase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes, mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo en cosa alguna.—¿Cómo no? dijo el primo, ¿pues habia de mentir el señor Don Quijote, que aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras?—Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho.—Si no, ¿qué crees? le preguntó Don Quijote.—Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magin ó la memoria toda esa máquina que nos ha cóntado, y todo aquello que por contar le queda.—Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quijote; pero no es así, porque lo que he contado, lo ví por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero qué dirás, cuando te diga yo ahora, como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viage, por no ser todas deste lugar) me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos á la salida del Toboso. Pregunté á Montesinos si las conocia: respondiome que no; pero que él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido, y que no me maravillase de esto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y estrañas figuras, entre las cuales conocia él á la reina Ginebra y á su dueña Quinaña, escanciando el vino á Lanzarote, cuando de Bretaña vino. Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio ó morir de risa, que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador y el levantador del tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente, que su señor es-

taba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo:—En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuesa merced, caro patron mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le había dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no agora contando los mayores disparates que pueden imaginarse.—Como te conozco, Sancho, respondió Don Quijote, no hago caso de tus palabras.—Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, ó por las que le pienso decir, si en las tuyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿cómo, ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la habló, ¿qué dijo y qué le respondió?—Conocióla, respondió Don Quijote, en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Háblala, pero no me respondió palabra, antes me volvió las espaldas y se fué huyendo con tanta prisa que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejara Montesinos, que no me cansase en ello, porque sería en valde, y mas porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Dijome asimismo que andando el tiempo se me daría aviso, cómo habían de ser desencantados él y Belerma y Durandarte con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió de las que allí ví y noté, fué, que estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz me dijo:—Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber como está, y que por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo de cotónía nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté:—¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió:—Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa y por todo se estiende y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la

prenda es buena segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto.—Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le dí (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna á los pobres que topase por los caminos) y le dije:—Decid, amiga mía, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y que le hago saber, que yo no puedo, ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversacion, y que le suplico cuan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle tambien que cuando menos se lo piense, oirá decir, como yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el Marques de Mantua de vengar á su sobrino Baldoínos, cuando le halló para espirar en mitad de la montaña, que fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle: y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal, hasta desencantarla.—Todo eso y mas debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella; y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire.—¡O Santo Dios! dijo á este tiempo, dando una gran voz Sancho: ¿es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! O señor, señor, por quien Dios es, que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido.—Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo Don Quijote, y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

